

CRÓNICAS DE LA INVESTIGACIÓN

Arrhenius 400 ppm

JOSÉ-ABEL FLORES

Si la Máquina del Tiempo que nos presentara H.G. Wells en su novela hubiera funcionado de manera correcta, podríamos haber nos trasladado al principio del siglo pasado y preguntarle a Svante Arrhenius, el premio Nobel, si en aquellos momentos se imaginaba los ríos de tinta y la cantidad de conocimiento que se generaría décadas después con la idea que entonces esbozara sobre la relación entre la concentración de CO₂ y la temperatura de la atmósfera. Estaba convencido de su significación, aunque, bien seguro, no de su trascendencia (sólo algún geólogo despistado le hizo caso antes de los

años 40). En aquellos momentos la información instrumental era limitada, pero esa otra máquina del tiempo que son los testigos de hielo confirman concentraciones de CO₂ de en torno a 290 ppm (partes por millón) a principios del siglo XX, similares a las que en episodios recientes, hace 125.000 años, han sido los más cálidos desde que los humanos nos movemos por este planeta. Si disponen de algo de tiempo, o por sana y simple curiosidad, accedan a las bases de datos de referencia, en particular al observatorio de Mauna Loa. Arrhenius se sorprendería del salto cuantitativo que se ha

operado: en marzo de 2013 se han alcanzado las 399,77 ppm.

Los estudios de los especialistas en clima, coordinados por el Panel Intergubernamental del Cambio Climático (promovido por Naciones Unidas y la Organización Meteorológica Internacional) muestran incuestionablemente una creciente concentración de CO₂ y elevación de las temperaturas atmosférica y oceánica. Queda por conocer el ascenso real que va a tener lugar en las próximas décadas y siglos, así como el modo y el tiempo de respuesta del sistema, los detalles de su manifestación en un escenario desconocido, ya que esta situación no se ha dado de forma idéntica hasta hoy. Pero lo que se evidencia es una fusión de las masas de hielo continentales que acaban incorporadas al mar, que se dilata y asciende. Observamos modificaciones de parámetros climáticos, por no hablar de



aquello que afecta directamente a la salud, más cercano al ser vivo que somos.

Respeto a quienes se presentan como «escépticos del cambio climático», si bien me permito recomendarles que, para apropiarse de ese apelativo, hagan una revisión de los datos, somera, sin recurrir a estudios sesudos, y que funda-

menten su convicción. ¡Les va a resultar difícil! A los incrédulos, simplemente recordarles que no estamos ante una cuestión de fe, de creer o no creer: eso forma parte de otra faceta del conocimiento humano. En este caso hablamos de Ciencia.

Y entre ellos el optimista, obcecado o convencido, quien podría vanagloriarse y decirnos: «Por suerte, mi querido profesor Arrhenius, aún no hemos alcanzado las 400 ppm, restan 0,23. ¡Tranquilidad!».

José-Abel Flores es catedrático de Micropaleontología y Oceanografía de la USAL